

# Desarrollo, atraso económico, sociedad y poder

Miguel Ángel Rivera Ríos\*

El acceso a capital no es el factor crítico para lograr el desarrollo. La experiencia indica que aun con la donación de recursos la situación de atraso puede persistir, y tampoco es dable quedar a expensas de la normativa de las capacidades estatales o de la labor de los especialistas; éstas, en todo caso, podrían ser formas válidas para una sociedad desarrollada, pero en el caso de una sociedad atrasada lo que se requiere es transformar el funcionamiento de la sociedad, para lo cual es crucial la forma en que se estructure y ejerza el poder político. Si el desarrollo puede verse bloqueado por el poder político, también, irónicamente, el poder político puede ser el detonante del proceso de desarrollo.

## Ubicación del problema

Uno de los fenómenos más inquietantes de la era actual es la persistencia del atraso económico en la mayoría de los países del mundo. Ese atraso es más desconcertante si se le contextualiza en el extraordinario avance tecnológico que se ha verificado en las tres últimas décadas en los llamados países centrales. Tal avance se conceptualiza como revolución tecnológica y constituye el eje

de la “gran transformación global”. Contradiendo dicho avance, en la mayoría de los países del mundo no se cumplen los requisitos básicos del desarrollo económico y prevalece lo que debemos llamar propiamente *atraso económico*.

Considerando la persistencia del atraso económico, que afecta incluso a nuestro país, este artículo presenta un breve análisis económico y socio-político basado en un proyecto de frontera que busca explicar las causas de esos patrones contradictorios de desarrollo mundial/nacional, enfocando al final el caso de México. Las bases teórico-analíticas del proyecto a que se hace referencia provienen principalmente del institucionalismo

avanzado (North, Wallis y Weingast, 2009), la economía política del poder (Mann, 1986; Barnes, 1991; Earle, 2002) y la nueva teoría del desarrollo (Hoff y Stiglitz, 2002). Unificando esos elementos se da un tratamiento teórico-analítico que difiere de los enfoques convencionales meramente economicistas, pero que pretende rescatar las aportaciones más valiosas a una interpretación alternativa que empezó a aparecer desde los años cincuenta del siglo pasado, asociada a los nombres de Hirschman y otros economistas del desarrollo. Dado el cuestionamiento de los enfoques aún prevalecientes, se procuró dar a la exposición un carácter didáctico, limitando las referencias autorales; en

\* Profesor-Investigador de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Premio Universidad Nacional en Investigación en Ciencias Económico-Administrativas 2012.

otros trabajos (Rivera, 2009 y 2012) hay elementos explicativos más amplios y una bibliografía más extensa que serán útiles para los lectores interesados en el tema.

El orden expositivo es el siguiente: En un primer apartado se explican las condiciones que deben cumplirse para que un país se pueda conceptualizar como “en desarrollo”. De no cumplirse las condiciones básicas, no cabe sino concluir que no hay desarrollo propiamente dicho y que el país en cuestión puede estar atrapado en una trampa de atraso, como la definió originalmente Myrdal (1979). En el primer apartado se presentan datos básicos para clasificar a algunos de los países tardíos representativos (antes llamados periféricos) según su nivel de atraso relativo (o brecha internacional). En el siguiente apartado se ubican los primeros debates y fisuras que llevarán décadas después a una ruptura teórica y a la concreción de un proyecto interdisciplinario para estudiar unitariamente el desarrollo y el atraso económicos. En seguida se exponen los fundamentos teórico-analíticos del proyecto, especificando sus principales conceptos y el cómo deben aplicarse al estudio del fenómeno señalado, y haciendo un contrapunto entre los países asiáticos dinámicos y los de América Latina, cuya diferenciación se explica en el primer apartado. Finalmente, se aborda brevemente el caso de México, el cual se clasifica como una economía atrapada en una trampa de atraso asociada con la faccionalidad de la coalición dominante y las fallas de coordinación en la acción colectiva. Empero, se destaca que la posibilidad de romper políticamente la trampa del atraso no es tan remota como usualmente se cree.

## Los fundamentos del desarrollo económico. Indicadores básicos

Al partir de los libros clásicos sobre desarrollo económico, como el de Gerald Meier (1995), hay acuerdo en que desde una perspectiva amplia los indicadores básicos del desarrollo son los siguientes:

- Crecimiento sostenido y a largo plazo del Producto Interno Bruto (PIB) *per capita*, manteniendo al menos el mismo ritmo en ese indicador con el correspondiente al de los países líderes, de manera que no aumente el coeficiente de atraso relativo<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El PIB *per capita* es la medida estadística referencial básica para el estudio del crecimiento; su ritmo es indicativo de la velocidad de aquél, pero como se indica aquí, lo importante es el nivel comparativo del PIB *per capita* de un país con respecto al líder mundial. Ciertamente el PIB *per capita* no refleja

- Cambios estructurales que permitan el pasaje paulatino a un régimen productivo basado en el aumento de la productividad (o intensivo). Específicamente se trata del aumento del peso relativo de la industria, y dentro de ella de los sectores de medios de producción, aprovechando para ello los flujos tecnológicos internacionales.
- Disminución en el largo plazo del porcentaje de la población en condiciones de pobreza.
- Disminución de los índices de desigualdad social.

Si en un país se mantiene, pero sobre todo aumenta el coeficiente de atraso relativo (o sea, si su tasa anual de crecimiento del producto, relativizado por la población nacional, es persistentemente menor que la del país líder) y al menos el 30% de la población vive persistentemente en condiciones de pobreza, diremos que está atrapado en la trampa del atraso. Las dos tablas que se presentan (véase Anexo), aunque sólo se refieren a dos indicadores básicos, son elocuentes al respecto.

La Tabla I clasifica a los que llamaremos *países tardíos* en dos categorías<sup>2</sup>. Una, la categoría A, son los “exitosos” o dinámicos, concentrados en Asia Nororiental. La otra categoría (B) es la de los países tardíos “fallidos”, que incluye a países situados en Asia, África y América Latina (con excepción de Brasil) y que constituyen la mayoría del grupo antes llamado *periférico*.

En una perspectiva de largo plazo se advierte que el atraso relativo aumentó en los países clasificados en el grupo B. Ése es el caso de México, cuyo PIB *per capita* era de 28% del correspondiente a Estados Unidos en 1900; su atraso relativo aumentó entre el año citado y mediados del siglo XX, para disminuir modestamente en los siguientes 20 años. El atraso relativo de México aumentó nuevamente entre 1970 y 1990, logrando una recuperación en la primera década del siglo XXI, pero aún por debajo del porcentaje correspondiente a 1900.

El desempeño a largo plazo de los restantes países del grupo B es muy similar al de México, sean latinoamericanos, asiáticos o africanos. El caso extremo es el de Argentina,

el nivel de bienestar económico y social real de un país, pero sí expresa la riqueza proporcional o relativa que existe.

<sup>2</sup> El concepto de *países tardíos* se debe originalmente a Gerschenkron (1968), pero fue redefinido por Alice Amsden (1989 y 2001) para referirse a parte de lo que se llamó *periferia* o *tercer mundo*. Para efectos prácticos, ese grupo de países, que fueron posesiones coloniales, inició su industrialización a mediados del siglo XX, pero sólo unos nueve han tenido posibilidades de un verdadero avance industrial. La experiencia histórica indica que los países susceptibles de clasificarse en el grupo A son menos que esos nueve.

cuyo PIB *per capita* real en 1900, de poco más de 2,700 dólares, era muy cercano al de Canadá y superior al de Finlandia (Maddison, 1997: Apéndice D); como se advierte en la Tabla I, sufrió un retroceso continuo que llegó a su punto más bajo en 2003; después vino, al final de la década del 2000, una importante recuperación, llegando a poco más de la mitad del porcentaje correspondiente a 1900. El resto de los países del grupo B citados en la Tabla I experimentaron un mayor atraso relativo en la primera mitad del siglo XX. En la siguiente subetapa, de 1950 a 1970, algunos cierran la brecha internacional; otros, no. En la siguiente subetapa, de 1970 a inicios de la década del 2000, la tendencia, con excepción de Indonesia, es al aumento del atraso relativo; igualmente, en la primera década del 2000 todos cierran la brecha internacional, pero algunos (Argentina, Filipinas y Nigeria) no lograron recuperar el nivel de 1970 y menos aún el de 1900.

Brasil es un caso digno de atención. Su nivel de atraso relativo es estable en la primera mitad del siglo XX, lo cual es un logro notable, ya que Estados Unidos progresó a ritmo sustancial en ese periodo. Brasil experimentó una recuperación entre 1950 y 1970, y en las siguientes décadas se mantuvo estable. El porcentaje de su población en condiciones de pobreza ha disminuido dramáticamente, para situarse en 21% en 2009, la mitad del porcentaje correspondiente a México (World Bank, 2011: Anexo estadístico).

Los datos de pobreza son congruentes (véase Tabla 2 en Anexo), ya que los países clasificados como B tienen niveles superiores al 30%. Los porcentajes más altos corresponden a Perú y México, de alrededor de la mitad de la población.

El contraste con la experiencia de los países de Asia Nororiental es sorprendente. Corea del Sur y Singapur redujeron dramáticamente su atraso relativo a partir de 1970. China experimentó una drástica ampliación de la brecha internacional en la primera mitad del siglo XX. Desde 1970 comenzó una modesta recuperación que se consolidó a partir de 1990 en adelante, hasta que en 2008 logró superar el porcentaje correspondiente a 1900. India es un caso atípico; su recuperación a partir de 1970 es sostenida, pero se mantuvo aún en 2008 debajo del porcentaje correspondiente a 1900. Sin embargo, la reducción del porcentaje de la población en condiciones de pobreza no tiene equivalente entre el conjunto de los países tardíos; de acuerdo con la información de la Tabla 2, ese indicador se sitúa en 15% (véase Tabla 2).

En referencia a los países del grupo B, cabe aclarar que atraso económico no equivale a pobreza generalizada. La

mayoría de las veces, y casi como regla, dichos países tienen considerable riqueza natural (piénsese en los diamantes de Sierra Leona, en el petróleo de Nigeria, etcétera) y por ello reciben sustanciales ingresos por exportación primaria e inversiones extranjeras; empero, esa riqueza y activos están monopolizados por una pequeña élite y la gran mayoría de la población queda excluida no sólo de la riqueza material, sino de la educación y la capacitación para el trabajo. Definiremos esa exclusión, que se apoya en el uso del poder, como la connotación política del atraso. Retomaremos eso más adelante.

## La ruptura teórica: hacia una nueva teoría del desarrollo

La dramática situación sucintamente descrita a partir de las dos tablas contradice las teorías clásicas que desde diversas perspectivas proclamaban ya sea que la propagación mundial del capitalismo llevaría a un desarrollo nacional generalizado, o que por la naturaleza de la organización productiva habría convergencia en el crecimiento económico (los países ricos experimentarían una suerte de leve estancamiento y los países pobres acelerarían su crecimiento).

A partir de los años setenta se comenzaron a cuestionar esas teorías y el curso del análisis y la investigación tomó otro camino: del lado de las teorías ortodoxas se propuso el concepto de *capital humano* para explicar la renuncia al supuesto de los rendimientos decrecientes y admitir en el nuevo modelo teórico el dinamismo sostenido en los países ricos en el marco de la revolución tecnológica. Del lado de las teorías heterodoxas los nuevos tratamientos centraron la atención en los contados países ubicados en Asia Nororiental que, como se ve en la Tabla I, experimentaron un extraordinario desarrollo con posterioridad a la década de 1960. Esos estudios, que apelaron al concepto de Estado desarrollista, fueron muy ilustrativos, pero no alcanzaron a generar una explicación o hipótesis general porque también muchos países atrasados, sobre todo en América Latina, habían adoptado estrategias y creado instituciones desarrollistas, pero los resultados fueron decepcionantes.

La necesidad de explicar ese último problema, es decir, la existencia de dos formas de Estado desarrollista (una funcional y otra disfuncional), abrió, desde 1990, una agenda renovada de investigación denominada *nueva teoría del desarrollo* (ligada al institucionalismo avanzado y a la teoría del poder). En el marco de la nueva teoría se efectuó una crítica a los enfoques previos, destacando las siguientes observaciones:

- a) El acceso a capital no es el factor decisivo para lograr el desarrollo, ya que la experiencia indicaba que aun donando recursos la situación de atraso podía persistir.
- b) Para sustentar el desarrollo se requiere transformar el funcionamiento de la sociedad, para lo cual es crucial la forma en que se estructure y ejerza el poder en la sociedad.

Desafortunadamente, parece que la mayoría de los estudiosos del tema se resisten a considerar la relevancia del inciso b). El enfoque que aún prevalece, pese a la evidente discrepancia de resultados entre Asia Oriental y el resto de los países atrasados, es lo que Karla Hoff y Joseph Stiglitz (2002: 418) llaman *desarrollo racional*. Bajo ese enfoque se considera que la regla es que el gobernante es benevolente y que la solución al atraso económico depende de que los especialistas le brinden la información correcta.

El enfoque del desarrollo racional está estrechamente asociado con una visión normativa de las capacidades estatales en la que se asume que los gobernantes son necesariamente los depositarios de la misión de llevar la prosperidad al pueblo. Si bien hay contados casos de Estados auténticamente desarrollistas (en los países tardíos B), la idea de la benevolencia estatal es una conclusión errónea de ciertas teorías políticas, debido a una trasposición conceptual del Estado de los países desarrollados a los atrasados; ello ha llevado a adoptar adicionalmente la noción de que el Estado, en su misión desarrollista, tiene autonomía frente a las élites que concentran la mayoría de la riqueza de un país. Así, diversos científicos sociales conciben un poder económico diferenciado del poder político, atribuyendo al Estado (la encarnación del poder político) capacidad *a priori* para ejercer un dominio o autoridad e inclinar la balanza a favor del bien colectivo. Ésta podría ser una visión aproximadamente válida de la estructuración del poder en una sociedad desarrollada, pero difícilmente lo es en sociedades atrasadas.

### Élites, coalición dominante y la regla básica de la gobernabilidad

La hipótesis alternativa, propuesta entre otros por North, Wallis y Weingast (2009), Mann (1986) y Barnes (1991), es que en condiciones de atraso económico la institucionalización del poder no ha llegado al estadio de la “autonomía”, y más bien los gobernantes son agentes de los propietarios o estos últimos ejercen una fuerte influencia en la gobernabilidad. No se trata de que los poderes económicos circunstancialmente “capturen” al poder político, sino que la

forma natural de la gobernabilidad está basada en la unidad de lo económico con lo político. La gobernabilidad es una extensión del llamado poder económico, de manera que no existe propiamente autonomía estatal. Debe hablarse, por tanto, de un poder a secas (o de poder social) que está en manos de las élites que tienen la propiedad de los medios de producción. En los niveles más bajos del avance socioeconómico, los gobernantes son los mismos terratenientes, grandes comerciantes y financistas. En escaños relativamente más avanzados, pero dentro del estatus de atraso o subdesarrollo, los gobernantes son los agentes de los principales, que son obviamente los propietarios de la riqueza. En esa relación, más compleja, se presentan dificultades similares a las que afectan la relación entre los accionistas y los gerentes de las corporaciones modernas (Rivera, 2012: 95-99).

En función de la forma en que se estructura el poder en las sociedades que sufren atraso económico, podemos hablar, siguiendo a North, Wallis y Weingast (2009: cap. I), de una connotación política del atraso, que exhibe las siguientes características sobresalientes:

1. El acceso a la riqueza y a los activos más rentables es patrimonio exclusivo de las élites, que bloquean el libre acceso de nuevos concurrentes. Las restricciones de acceso derivan del control de los mecanismos de gobernabilidad, lo que indica la unicidad de lo económico y lo político. Llamaremos a ésta, la regla básica del orden social.
2. El pueblo tiende a ser víctima de una exclusión más o menos sistemática de las actividades o activos que ejercen mayor influencia en el bienestar: educación, acceso al crédito, a la legalidad, al derecho de formar empresas, etcétera.
3. El estatus de pobreza y exclusión se transmite intergeneracionalmente, creando una suerte de entrampamiento o trampa del atraso.

De lo señalado en los tres numerales anteriores se desprenden dos escenarios de cambio. El básico es que las élites o la coalición de élites asumen el rol de opositores del avance material de la sociedad, sobre todo porque, como subrayan Hoff y Stiglitz, pueden ser los grandes perdedores en una sociedad próspera (2002: 430). Sin embargo, como veremos a continuación, si existen mecanismos inductores suficientemente fuertes, las élites pueden verse impelidas a tomar medidas con el fin de cambiar el funcionamiento del sistema económico, pero verse imposibilitadas de convertir

esa estrategia en una realidad. Esa imposibilidad es lo que los primeros estudiosos llamaron “problemas de coordinación de la acción colectiva” (Hoff, 2001: 149).

Sin embargo, la evidencia histórica indica que lo que hemos llamado la regla básica del orden social se ha roto, aunque sea por excepción. No hay una explicación teórica aceptada de por qué el poder político cambia su papel de depredador a desarrollista y del papel que ejercen los grupos sociales de base en ese proceso. El ejemplo de los pocos países tardíos exitosos demuestra que esa mutación ha sucedido, aunque la regla es el uso depredador del poder, lo que explica la referida persistencia del atraso económico. En los países tardíos exitosos las llamadas clases subalternas, aunque sí se rebelaron con bastante frecuencia, no jugaron un papel protagónico en la transformación socioeconómica por el simple hecho del atraso social al momento del despegue económico (sobre todo el alto analfabetismo y el dominio ideológico); por lo anterior, las reglas sociológicas extraídas de la lucha de clases en el siglo XIX no son directamente aplicables al desarrollo tardío.

Hay una característica fundamental del desarrollo económico que se ha soslayado en las teorías basadas en la acumulación de capital; se trata de lo que llamaremos *movilización social* (Rivera, 2009: 208). Para que se eleve sostenidamente el producto por habitante y se verifiquen los cambios cualitativos que se indicaron al principio de este artículo, se requiere incorporar a la población por medio principalmente de la educación, la capacitación para el trabajo, la ampliación y modernización de la infraestructura, el acceso generalizado al crédito, a la legalidad, etcétera.

Hay dos posibilidades límite para movilizar a la población. Una, que llamaremos típicamente asiática, implica la movilización forzada dirigida por una élite desarrollista, pero dictatorial. En la otra, la movilización es voluntaria: el pueblo se incorpora espontáneamente o sus representantes dirigen esa incorporación con un proyecto propio. De la segunda variante, aunque tratada abundantemente en modelos teóricos, sólo existen aproximaciones débiles, como las representadas por India y Brasil (exceptuando la dictadura militar).

Resumiendo para avanzar: el atraso económico persiste en el mundo porque prevalece la regla básica del orden social, que tiene poderosas fuerzas retroalimentadoras. Sólo por excepción se ha roto la regla básica y para ello se requiere en primer término que las élites acuerden deponer los mecanismos de exclusión social (véase inciso a) o, dicho de otra manera, que se aglutinen políticamente en torno a los objetivos desarrollistas (como explica Robert Wade,

[1999: cap. 1]). Aún no se ha teorizado suficientemente sobre las fuerzas que pueden incidir en la ruptura de la regla básica del orden social, pero los estudios efectuados hasta ahora indican que generalmente hay una crisis profunda que puede abrir alternativas nuevas, aunque no necesariamente progresivas.

Si se rompe la regla básica debe determinarse si la movilización social se verificará por medios forzados o voluntariamente. La elección de un medio u otro no depende de condiciones circunstanciales, sino de la trayectoria previa de la sociedad o del país. Si hay un abismo entre las élites y el pueblo está empobrecido y desorganizado, la movilización será inevitablemente forzada. Si hay cierto avance socioeconómico previo pueden atenuarse los elementos dictatoriales y ejercerse cierto grado de control o participación popular.

Para explicar lo anterior es preciso ampliar la conceptualización. Debemos concebir el desarrollo como dependiente de dos factores. Es útil distinguir entre un factor de primer orden y otro de segundo en el proceso de desarrollo (Rivera, 2009: 191 y ss.). El factor de primer orden es la aglutinación desarrollista de las élites en respuesta esencialmente a una crisis profunda o a otra fuerza inductora. El factor de segundo orden es el conjunto de políticas, normas y organizaciones que llevan a su operatividad la estrategia de desarrollo que ya ha sido sustentada políticamente por las élites. Para diseñar y ejecutar los factores de segundo orden, como, por ejemplo, decidir en qué momento y modo poner en marcha la reforma agraria, con qué modalidad crear bancos de desarrollo, qué normatividad debe regir el otorgamiento de subsidios a las empresas, etcétera, debe estar dado el factor de primer orden.

Los estudios sobre experiencias nacionales de desarrollo socioeconómico que han trascendido el nivel descriptivo (enfocados a las tasas de crecimiento de la formación de capital, el cambio en la estructura de las exportaciones, etcétera) han advertido la importancia de la movilización social, es decir, el papel crítico de la educación del pueblo, haciendo referencia en algunos casos a la enorme tarea de cambiar hábitos, valores y prácticas sociales para lograr ese objetivo. Se tiende a soslayar, desafortunadamente, la importancia de la unificación desarrollista de las élites como factor primigenio y detonante.

## Ubicación de la experiencia de México

Ha llegado el momento de intentar, aunque sea esquemáticamente, ubicar a México en este proceso. Para empezar,

sería preciso señalar que éste, como lo indican su nivel de atraso relativo y la elevada incidencia de la pobreza, padece un entrapamiento que ha inhibido un mayor desarrollo. Empero, es preciso aclarar que no se trata de la trampa africana<sup>3</sup>, sino de una derivada de fallas sistémicas de coordinación.

La trampa del atraso en la que se encuentra actualmente México deriva de una fractura en la unidad de las élites y de la subsecuente lucha facciosa por ampliar sus cotos de poder, manteniendo un nivel relativamente elevado de exclusión social. La confrontación de las élites es relativamente reciente y se agudizó como producto de la experiencia traumática que vivió el país después de 1980. Se mantiene, en este caso, la gobernabilidad básica, pero queda bloqueada la adopción de políticas a nivel de profundidad, como las llaman Hoff y Stiglitz (2002: 426).

Los factores que desincentivan el cambio son básicamente dos: la peculiar pasividad de la mayor parte de la población, que sorprendió al politólogo estadounidense Roger Hansen (1971), y el hecho de que las élites en México gozan de enormes beneficios y prerrogativas, de modo que se alejan de la necesidad de cohesionarse en torno a un objetivo desarrollista y ampliar los espacios de movilización social.

Aun suponiendo que exista un factor inductor del cambio, no debe soslayarse la dificultad y los altos costos de una negociación o coordinación entre las élites para lograr un equilibrio favorable para la movilización social. Como veremos, es a este nivel que cobra relevancia la correlación de fuerzas sociales en sentido amplio.

¿Cómo plantear la posibilidad de romper la trampa del atraso? Veamos más de cerca la hipótesis propuesta por Hoff y Stiglitz (2002) de crisis o choques endógenos-exógenos. Partiendo de que el proceso histórico que viven países como México conforma una trayectoria, es decir, preserva su dirección por inercia, Hoff y Stiglitz postulan en la obra citada que probablemente se requiera una crisis para romper el condicionamiento o la atadura al pasado. Ambos advierten que esa crisis no llevaría necesariamente al sistema a una mejor situación, sino posiblemente a una peor (2002: 419). Ése parece ser el caso de México, que ha pasado y pasa por experiencias traumáticas, donde los

niveles de exclusión social se mantienen altos y el proceso de desarrollo es errático.

La noción de que una crisis profunda puede cambiar la trayectoria de un país (como es el caso de Corea del Sur después de la guerra, o de China después de la hambruna masiva tras la Revolución Cultural) debe complementarse con el planteamiento de que en una economía pueden permanecer en estado latente ciertos factores institucionales que detonen e incentiven la unificación de las élites, a la par que se verifican cambios en la base social. Tenemos así un escenario en el que, al menos en el caso de los países como México, Argentina y Colombia, se combinan de alguna manera los choques sociales traumáticos con la acumulación de factores latentes. En tal sentido, la conformación del factor de primer orden puede darse en alguno de los siguientes escenarios:

1. Las élites restablecen las condiciones de gobernabilidad en profundidad, respondiendo a lo que consideran un peligro derivado de una crisis severa y prolongada: la formación de un liderazgo autónomo en la base de la sociedad, probablemente en momentos en que el contexto internacional tiende a volverse adverso.
2. Una alianza entre élites subalternas y un nuevo liderazgo que surja en la base social. Ello podría alterar la cohesión de las élites en sentido positivo, dando lugar a una nueva jerarquía pro desarrollista.
3. La confrontación directa dentro de un movimiento social de base en el contexto de una coalición dominante disfuncional. En este caso se tendría que hablar de un movimiento de base con capacidad hegemónica, esto es, capacidad para dirigir intelectualmente el cambio social.

Esos tres escenarios no tienen el mismo grado de configuración en las tendencias actuales ni se puede asegurar la existencia de un nuevo liderazgo. El tercer escenario es el que ofrece menor grado de conformación y, dadas las condiciones de fractura social creadas por la persistencia de la pobreza, enfrenta obstáculos formidables y abre interrogantes sobre la plataforma de aglutinación y las líneas programáticas de un movimiento popular. Un gran obstáculo al cambio es la pasividad de la población, que aún persiste aunque la maquinaria del partido de Estado quedó fracturada. Al respecto, Roger Hansen (1971) señalaba que la población excluida en México está compuesta por tres tipos característicos: el localista, el subordinado y el participante. Nos interesan los dos primeros porque parece que persiste su influencia numérica en la sociedad mexicana actual. La actitud del localista, explica

<sup>3</sup> Mobutu Sese Seko, dictador de Zaire (o República del Congo), aconsejó a Juvenal Habyarimana, dictador de Ruanda, que la regla básica para mantenerse en el poder era no invertir en escuelas y carreteras, porque de allí surgiría y se movilizarían los guerrilleros que lo habrían de derrocar. En referencia a las prácticas del dictador Mobutu, véase a Robinson, 2001: 34.

Hansen, se distingue porque no espera nada del gobierno, en gran parte como resultado de la ignorancia de lo que éste significa, aunque a veces es la suspicacia y la desconfianza lo que lo desconecta de él. El subordinado tiene conciencia de que existe el gobierno y a su vez está ligado afectivamente a él, pero sus relaciones se establecen de manera abstracta o general y adopta una actitud pasiva; aunque respeta la acción del gobierno y el legado revolucionario en el que se apoyó, es cínico y desconfiado, lo que lo lleva a evitar las actividades políticas y a esperar poco o nada para sí mismo de los gobernantes (1971: 236-243).

La observación de que la población excluida es pasiva y no espera prácticamente nada para sí es objeto de una muy viva controversia, ahora y durante la era PRI. Aún está por dilucidarse cuál es el balance entre la pasividad y la inconformidad social latente o abierta que se ha acumulado en México a causa de los desastres sociales, pero si el patrón histórico cambió, cabe la posibilidad de que se sustente un nuevo liderazgo. No obstante, pese a que se extienda la inconformidad social, no debemos olvidar el “cinismo” de los excluidos, que limita los alcances del cambio que tendería a situarse en el escenario I.

Lo que es preciso subrayar es que el entrampamiento actual que padece México no se encuentra en la incapacidad estatal *per se*, sino en la fragmentación y faccionalidad de las élites, que se traslada a la esfera de toma de decisiones y la debilita. Si las fuerzas inductoras que inciden sobre la cohesión y orientación estratégica de las élites (la extensión de la inconformidad social y el estancamiento económico) son débiles, se puede suponer que persistirá la situación de entrampamiento, dada la concurrencia de las fallas de coordinación. En este escenario, la acción popular puede ser crucial, pero como vimos, es incierta, lo que nos lleva a recordar la observación de Albert Hirschman sobre que la necesidad de que algo sea socialmente deseable o necesario no asegura su concreción (1996: 510).

## A manera de conclusión

Hemos visto que, de acuerdo con un nuevo programa de investigación, representado por la *nueva teoría del desarrollo*, es necesario enfocar el funcionamiento integral de la sociedad, en particular la estructuración y el ejercicio del poder. En tal sentido, lo que antes se consideraban causas del desarrollo (acumulación de capital, innovación, etcétera) son en realidad las manifestaciones. Para el estudio de las causas es útil la aplicación de los conceptos de factor o fuerza de primero y segundo orden. Se hizo hincapié en la

regla básica del orden social, la depredación y el significado que tiene su ruptura. Los mecanismos subsecuentes de movilización social pueden variar dependiendo de la trayectoria histórica del país específico. En el caso de México, ha persistido la trampa del atraso, pero el prolongado periodo de inestabilidad social puede actuar como fuerza inductora, con las consecuencias arriba indicadas. El mecanismo específico de ese cambio, e incluso la posibilidad del mismo, son inciertos, ya que las sociedades funcionan como sistemas complejos.

## Referencias

- Amsden, A. (1989). *Asia's Next Giant: South Korea and Late Industrialization*. Oxford: Oxford University Press.
- Amsden, A. (2001). *The Rise of “the Rest”: Challenges to the West from Late-Industrializing Economies*. Nueva York: Oxford University Press. Recuperado de <<http://www.elgermen.com.ar/wordpress/wp-content/uploads/Amsden-The-Rise-of-the-rest.pdf>>.
- Barnes, B. (1991). *La naturaleza del poder*. Barcelona: Pomares-Corredor.
- Earle, T. (2002). *Bronze Age Economics: The Beginnings of Political Economy*. Boulder, Colorado, USA: Westview Press.
- Gerschenkron, A. (1968). *Atraso económico e industrialización*. Barcelona: Ariel.
- Hansen, R. (1971). *La política del desarrollo mexicano*. México: Siglo XXI Editores.
- Hirschman, A. (1996, abril-junio). “La economía política de la industrialización a través de la sustitución de importaciones en América Latina”. *El Trimestre Económico*, 63 (2), 489-524.
- Hoff, K. (2001). “Beyond Rosenstein-Rodan: The Modern Theory of Coordination Problems in Development”. En Pleskovic, B. y Stern, N. (Eds.), *Annual World Bank Conference on Development Economics 2000* (pp. 145-176). Washington: World Bank.
- Hoff, K. y Stiglitz, J. (2002). “La teoría económica moderna y el desarrollo”. En Meier, G. y Stiglitz, J. (Eds.), *Fronteras de la economía del desarrollo: el futuro en perspectiva* (389-461). Bogotá: Alfaomega.
- Maddison, A. (1997). *La economía mundial 1980-1992: análisis y estadísticas*. París: OCDE (Perspectiva Económica).
- Maddison, A. (2007). *Contours of the World Economy 1-2030 AD: Essay in Macro-Economic History*. Nueva York: Oxford University Press.
- Maddison, A. (2009). *Data Base Historical Statistics of the World Economy, 1-2008*. París: OECD.

- Mann, M. (1986). *The Sources of Social Power: Vol. I. A History of Power from the Beginning to A. D. 1760 (I)*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Meier, G. (1995). *Leading Issues in Economic Development*. Oxford: Oxford University Press.
- Myrdal, G. (1979). *Teoría económica y regiones subdesarrolladas* (2a. ed.). México: FCE.
- North, D., Wallis, J. y Weingast, B. (2009). *Violence and Social Orders: A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rivera, M. Á. (2009). *Desarrollo económico y cambio institucional. Una aproximación al estudio del atraso económico y el desarrollo tardío desde la perspectiva sistémica*. México: UNAM/Juan Pablos Editor.
- Rivera, M. Á. (2012). *Desarrollo y dinámica socio-económica: una perspectiva institucionalista*. Madrid: Editorial Académica Española.
- Robinson, J. (2001). *When is a State Predatory?* Massachusetts, USA: Harvard University/Department of Government.
- Wade, R. (1999). *El mercado dirigido: la teoría económica y la función del gobierno en la industrialización del este de Asia*. México: FCE.
- World Bank (2011). *World Development Indicators 2011*. Washington: World Bank.

## Anexo

Tabla 1 Comportamiento del coeficiente de atraso relativo en países tardíos representativos, 1900-2008 (porcentaje que representa el PIB per capita nacional con respecto al de Estados Unidos)						
	1900	1950	1970	1990	2003	2008
<i>Tardíos A</i>						
Corea del Sur	2	4	15	39	54	63
Singapur	3	5	7	23	74	90
China	16	4	7	13	16	22
India	15	6	6	7	8	10
Brasil	17	17	20	21	20	21
<i>Tardíos B</i>						
México	28	21	25	22	23	26
Argentina	67	52	49	36	18	35
Perú	20	23	25	14	11	17
Colombia	23	22	20	23	14	20
Indonesia	18	9	8	12	12	14
Filipinas	25	13	12	10	8	9
Nigeria	n.d.	6	6	5	3	5

Nota: n.d.: no disponible.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Maddison (2007 y 2009).

Tabla 2 Porcentaje de pobreza en países tardíos tipo B			
Brasil	21.4	(Nacional)	2009
México	47	(Nacional)	2005
Argentina	36	(Urbana)	2001
	45	(Nacional)	2006
India	28	(Nacional)	1989
	15	(Nacional)	2000
Perú	32	(Nacional)	1994
	52	(Nacional)	2003
Nigeria	34	(Nacional)	1992
	47	(Nacional)	2004

Nota: De acuerdo con líneas nacionales, es decir, información de las agencias oficiales de cada país.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del World Bank (2011).